

CONSIDERACIONES TEÓRICAS ACERCA DEL ESTUDIO DE LA CONCIENCIA DEL HOMBRE*

Tania Iglesias Rodríguez**, Erika Lara Posada**

Resumen

La *conciencia* no es la totalidad del ser humano, sino su núcleo instantáneo de ser. Su ley de ser consiste en remitir a todo lo que no es ella, o sea, a los objetos externos y fenómenos psíquicos inherentes a la dinámica psicológica del hombre (características ontológicas como intencionalidad, eros, demoníaco, deseo, ansiedad, culpabilidad, voluntad, cuidado, percatación, autoconciencia). Percibiendo el ser de los objetos y de los fenómenos con su ley de ser de volver hacia el ser del sujeto, construye el conocimiento, no como contenido de conciencia, sino sostenido en un sólido ser (percipientes), permitiendo así al ser humano vivenciar el estado intuitivo consciente, ya que su ley consiste en «ser lo que no es y no ser lo que es», en la medida en que puede conocer y conocerse, puede además ser intuitivamente consciente, como conciencia total e integrada.

Palabras claves: Conciencia, sujeto, conocimiento.

Abstract

Conscience is not the human being totality but their instantaneous nucleus of being. Its law of being consists in sending to everything different from itself that is, to the external objects and psychic phenomena inherent to

* Director de tesis: Guillermo García Chacón. Asesor: Jesús Ferro Bayona

** Psicólogas, Universidad del Norte. Semillero de Investigadores, 1999.

human being psychological dynamics (Ontological Features as intentionality, premeditation, eros, Demoniac thing, wants, anxiety, guilt, will, care, awareness, self-consciousness). By perceiving the being of objects and phenomena through its law of being to come back to the subject being, the conscience builds knowledge, not like a “content of conscience”, but supported by a solid being (Percipiens), and in this way it allows human being to experience the Conscious Intuitive state. While conscience’s law consists in Being what is not being, and not being what is being, as it can know the world and itself, it can also become intuitively conscious like total and integrated conscience.

Key words: Consciencie, sibject being, knowledge.

Esta investigación bibliográfica-analítica acerca del fenómeno de la conciencia del hombre fue elaborada a partir de dos teorías: La primera, trabajada por el psicólogo Rollo May, fundamentada en el concepto de Autoconciencia, y la segunda, del filósofo Jean Paul Sartre, centrada en la noción de *para -sí*.

Hoy en día se ve reflejado en nuestra sociedad la inhabilidad del hombre para hacer frente a los permanentes cambios que acontecen en su sociedad. En medio de todas las transformaciones a las que se ve expuesto día a día, éste evidencia una búsqueda de alternativas que le ofrezcan la posibilidad de vivenciar una existencia menos alienada, donde pueda experienciarse como un ser congruente consigo mismo y con su entorno. Esta falta de *conciencia* de sí mismo es manifestada en su incapacidad para asumir posiciones autónomas y responsables frente a él mismo y a la sociedad a la que pertenece, actitud que se ve reflejada en el diario vivir y se manifiesta en los acontecimientos deshumanizantes de nuestra sociedad actual.

El análisis del contenido de los textos fue elaborado a partir del método hermenéutico, comprendido aquí como la técnica de la interpretación textual, que se constituye como el modo fundamental específico que tiene el ser humano para comprender (Ortiz-Oses, 1986). A partir del análisis se intentó lograr un conocimiento más profundo del

fenómeno, que nos ofreciera una mejor comprensión de la dinámica interna del hombre. Los resultados alcanzados permitieron la elaboración de una reflexión acerca de las posibilidades que tiene el hombre de potencializarse a partir de la conciencia.

CONCIENCIA SEGÚN ROLLO MAY

Desde su experiencia como psicoterapeuta Rollo May indica que el ser humano está constituido en su *ser* por unas características esenciales, a las que denominó *ontológicas*. Entre ellas: La intencionalidad, el eros, lo demoniaco, el deseo, la ansiedad, la culpabilidad, la voluntad, el cuidado, la percatación y la *autoconciencia*.

- *Intencionalidad*. Enraizada en nuestra *conciencia*, le permite a ésta definirse precisamente por el hecho de tender hacia algo, apuntar hacia algo exterior a ella. Es nuestra estructura de significación que nos permite comprender nuestra conducta manifiesta, pues todo acto de conciencia tiende hacia algo, y tiene en sí, aunque sólo sea de modo latente, algún impulso hacia una dirección con miras a la acción. La *intencionalidad* se muestra en el acto mismo, pues nos revelamos en la acción más que mirándonos a nosotros mismos.
- *Eros*. Es la fuerza motora que nos empuja a trascendernos, a echar mano de nuestras potencialidades y nos motiva a la unión con nuevas firmas éticas, estéticas o filosóficas; y de manera más significativa nos impulsa a unirnos con otra persona con el fin de descubrir nuestra propia realización.
- *Demoniaco*. Estructura única de sensibilidad y fuerza en la que radica nuestra vitalidad y capacidad de abrirnos al poder del *eros*. Es el impulso que cada ser humano tiene para afirmarse y engrandecerse; sin embargo, existe el peligro de que salido de quicio redunde en actos de hostilidad, agresión excesiva y crueldad. Esta fuerza, aunque en principio se experimente como un impulso ciego, es una pulsión natural auténticamente original.
- *Deseo*. Fuerza, tendencia o impulso que experimentamos, cargado

- de significaciones y sentido, cuyo poder de motivación nos hace posible el comienzo de nuestra orientación hacia el futuro, y como elemento autónomo le da creatividad, contenido e imaginación a nuestra voluntad.
- *Ansiedad.* Es la experiencia de la amenaza inminente de *no ser*. Es la sensación de sentirse «atrapado», «abrumado». Tiende a destruir la *conciencia* de nosotros mismos, desorienta, borra en forma temporal el conocimiento claro en el ser humano, de quién es y qué es, y oscurece su visión de la realidad que lo rodea. Es también el mecanismo que usa el individuo para preservar su propia existencia. Pero así como destruye nuestra *conciencia* de nosotros mismos, nuestra *conciencia* puede contrarrestarla.
 - *Culpabilidad.* Es la condición de la persona que niega o atenta contra sus propias potencialidades y renuncia a realizarlas. «*Si tú te cierras tus potencialidades, te haces culpable contra el don que se te ha dado en tu origen, en el centro de tu ser*» (May, 1977).
 - *Cuidado.* Lo vivenciamos por el hecho de que somos finitos. Como un tipo de *intencionalidad*, significa desearle el bien a alguien, velar por algo, es el estado en el cual algo nos importa y es la fuente de la ternura humana. Cuando se lo concibe plenamente, incluye el fenómeno de toda la personalidad *consciente*.
 - *Voluntad.* Sin ella no lograríamos hacer elecciones o tomar decisiones *significativas* para nuestra vida. Nos permite llevar a la *acción* nuestras determinaciones, experienciarnos como seres activos y responsables de nosotros mismos, y autónomos para dirigirnos.
 - *Percatación.* Es una característica compartida por el ser humano con los animales y con gran parte de la naturaleza. Para May, percatación y conocimiento (*awareness*) significan lo mismo. Él asocia el concepto con vigilancia, que es la percatación de las amenazas del mundo: la réplica primitiva y simple en los animales, que en los seres humanos se convierte en ansiedad; para May, es el proceso que se da en la reacción neurótica de un individuo frente a una amenaza.

- *Autoconciencia o Conciencia.* Característica ontológica que consiste en el sentimiento de que puedo tener ‘conocimiento’ de que soy el ser que posee un universo. «*Capacidad del hombre para situarse fuera de sí, para conocer que es tanto el sujeto como el objeto de la experiencia, para verse como la entidad que actúa en el mundo de los objetos*» (May, 1968). Capacidad de verse desde fuera y vernos como los otros nos ven. «*Puedo tener ‘conocimiento’ de la existencia de este escritorio sobre el que estoy escribiendo con sólo tocarlo. Pero la ‘conciencia’ se refiere más bien a que puedo tener conocimiento de que soy el ser que posee este escritorio [...] se relaciona con mi concepción de mí mismo como ser que usa el escritorio*» (May, 1990).
- *Conciencia creativa de sí mismo.* Se contempla nuestra vida en esta conciencia desde una perspectiva más amplia e ilimitada, con lo cual se obtiene un sentido de dirección interior, y se alcanza a experimentar o ver algo desde una perspectiva diferente del limitado punto de vista usual.

Normalmente lo que ve una persona en el mundo objetivo está siempre más o menos distorsionado y obnubilado por el hecho de que lo ve *subjetivamente*: «*Como seres humanos, lo que vemos nos lleva a través de los propios ojos y recibe la interpretación de cada persona en función de su mundo privado; nos persigue siempre, por así decirlo, una dicotomía entre subjetividad y objetividad. Este [...] nivel de conciencia acorta la distancia entre ambas. Temporalmente podemos trascender los límites usuales de la personalidad consciente. Por medio de lo que llamamos discernimiento, intuición, o de los otros procesos involucrados en la creatividad y sólo comprendidos de una manera vaga, podemos obtener vislumbres de la verdad objetiva tal como existe en realidad, o sentir alguna nueva posibilidad ética, o una experiencia de amor desinteresado*» (May, 1996).

Por el hecho de haber sido capaces en algún momento de contemplar la verdad despojada de nuestros prejuicios, de amar a otras personas sin pedir nada a cambio y de crear en el éxtasis que se produce cuando nos dejamos absorber totalmente por lo que estamos haciendo, la circunstancia de que hayamos tenido estas vislumbres proporciona una

base de significado y orientación a todas nuestras ocasiones posteriores (May, 1996).

Ella no puede exigirse, dice May, pues a menudo se produce en momentos de receptividad y relajamiento más que de acción: Estudios con personas creadoras evidencian que éstas obtienen sus importantes percepciones acerca de aquellos problemas con los que han luchado con perseverancia y diligencia, aun cuando la percepción en sí se produzca en un momento de adormecimiento o de quietud. Y considera que fue lo que experimentó Orestes en sus pensamientos mientras vagaba por el bosque luego de haber perpetuado el crimen de su madre:

[...] no se han inventado palabras para ir tras las cosas, más allá de las horas y las edades, y ser todas las cosas en todo tiempo [...] como expresar esto tal excelso que he encontrado, que no tiene color sino claridad; que no es dulzura sino éxtasis, que no es carencia sino plenitud, que no es pasión sino serenidad... (Jeffers, 1925, citado por May, 1966).

May afirma que no es sentimentalismo científico hacer notar, como lo hizo Nietzsche, y casi todos los escritores que se ocuparon de la ética, que el hombre al realizarse atraviesa por un proceso de 'trascenderse' a sí mismo; éste es un aspecto de las características del ser humano normal en desarrollo –dice May–, que a cada instante amplía su mundo. En este sentido, Simone de Beauvoir también proclamó: «*La vida se ocupa, a la vez, en perpetuarse y en sobreponerse a sí misma [...] si —» todo lo que hace es conservarse a sí misma, entonces vivir es sólo no morir y la existencia humana no se distingue de un absurdo vegetal...* (citada por May, 1966). Para Rollo May, esta *autoconciencia creativa* es una etapa que la mayoría de nosotros alcanza sólo a raros intervalos, y nadie, excepto los santos, religiosos o laicos y las grandes figuras creadoras, vive la mayor parte de su vida a este nivel. Pero es precisamente este nivel el que le da sentido a nuestras acciones y experiencias en niveles inferiores.

Dice May que este nivel de *conciencia* lo han podido experimentar en algún momento especial muchas personas al escuchar música o en

alguna nueva experiencia amorosa o amistosa que los eleva temporalmente por encima de la rutina acostumbrada de sus vidas. Y explica que es como si por un momento nos colocáramos en la cumbre de una montaña, contemplando así nuestra vida desde una perspectiva amplia e ilimitada: «*Obtenemos nuestro sentido de dirección de nuestra visión desde la cima y trazamos un mapa mental que nos guía durante semanas de paciente y trabajoso transitar colinas más bajas cuando el esfuerzo se modera y la ‘inspiración’ brilla por su ausencia*» (May, 1966).

Este nivel es el que se muestra en las afirmaciones que aparecen en la Biblia acerca de la entrega de la propia vida en aras de los valores en los que uno cree, expresa May, y existe en este nivel de *conciencia* una especie de olvido de sí mismo, siendo el término *olvido* muy precario, dice, pues en esta *conciencia* es en lo que consiste la *máxima realización de la vida humana*.

Nietzsche describió a esta persona que posee una *autoconciencia creativa* cuando dijo de Goethe: «*Se disciplinó a sí mismo en la totalidad, se creó a sí mismo [...] Este espíritu que se ha liberado permanece en medio del cosmos como un gozoso y confiado fatalismo con la fe que no negó ya nunca más [...] en la totalidad todo se redime ‘y afirma’*» (Nietzsche, citado por May, 1966).

Estos fenómenos mencionados ocurren en el mundo del *Eigenwelt* —el mundo propio, interno, que únicamente se presenta en los seres humanos. Este mundo presupone la *autoconciencia* y la *autorrelación*, dice May, siendo esta dimensión la que nos ayuda a ver el mundo real en su verdadera perspectiva, y el fundamento de nuestras acciones.

CONCIENCIA SEGÚN JEAN PAUL SARTRE

- *Ser-en-sí*. Es el ser de los objetos del mundo (el ser de la silla, del lápiz, etc.), de los fenómenos psíquicos (intencionalidad, eros, lo demoníaco, deseo, ansiedad, culpabilidad, voluntad, cuidado, percatación y autoconciencia), a partir de lo cual se construye el conocimiento de ellos. El ser-en-sí está pleno de sí mismo, es indefinidamente él mismo y se agota siéndolo. No hay la más mínima

dualidad, ni el menor vacío en él, ninguna fisura por donde pudiera deslizarse la nada. Está aislado en su ser y no puede mantener relación alguna con lo que no es él. El ser-en-sí es lo *que es*.

- *Ser-para-sí o conciencia.* La conciencia es siempre conciencia de algo. Siempre *ha de ser* lo que es, es decir, es lo *que no es* y *no es lo que es* (ésta es su ley de ser o *facticidad*), por lo cual se constituye en un perpetuo trascender hacia una coincidencia consigo misma (el *Sí*), que no se da jamás. Su ser consiste en un ser que ella *no puede ser*, y por ello, en un proyecto permanente de fundarse a sí misma, representando la *presencia ante sí* el primer surgimiento de ese proyecto, pero también el perpetuo fracaso del mismo. Esta *presencia ante sí* implica dualidad y por lo tanto separación: «*La presencia ante sí mismo, implica un despegue del ser con respecto a Sí*» (Sartre, 1993), siendo esa distancia nula, la *Nada*.
- *Para-sí y en-sí: Relación.* El para-sí no es sino la pura nihilización del en-sí; él no tiene otra realidad que ser la negación del ser; su única cualidad es constituirse como privación del ser. El para-sí se hace anunciar por el en-sí lo que él no es, es decir, lo que *ha de ser*. Determinándose como un defecto del ser, esa nihilización no consiste entonces en una simple introducción del vacío en la conciencia; es decir, el en-sí no ha sido expulsado de la conciencia por un ser exterior, sino que el propio para-sí es quien se determina perpetuamente a no ser en-sí, lo que significa que no puede fundarse sino a partir y en contra del en-sí; el para-sí se hace otro con respecto al en-sí; él se hace determinar por un ser que él no es; aparece como una leve nihilización que tiene su origen en el seno del ser. El para-sí no tiene otra realidad que la de ser la nihilización del ser.

Siendo esta nihilización la nihilización del ser, ella representa la vinculación original entre el ser del para-sí y el ser del en-sí. El en-sí concreto y real está enteramente presente en el meollo de la conciencia como lo que ella misma se determina a *no ser*, y esta presencia del en-sí es la trascendencia misma del para-sí, siendo la nihilización el origen de la trascendencia, concebida como el vínculo original del para-sí con el en-sí.

El para-sí sin el en-sí, es decir, pensado aparte, es como una abstracción. Pero la relación entre estos dos seres tampoco es una fusión. La relación del para-sí y el en-sí no es mutua, esto es, que el en-sí mismo como tal no necesita del para-sí para ser. La relación no es recíproca.

El para-sí se hace anunciar como: ‘soy a la vez uno de los términos de la relación y la relación misma’. Esto significa: ‘Capto al ser, soy además captación de ese ser y no soy *sino* captación del ser; y este ser que capto no se afirma *contra mí* para captarme a su vez; él es lo captado (el ser-en-sí)’ (Sartre, 1993).

Así, en la medida en que el para-sí consiste no sólo en ser él mismo en la forma de *presencia ante sí*, es decir, existir a distancia de sí, volverse sobre su propio origen, plantearse su propio por qué, sino que también consiste en captar al en-sí, aunque sin esperar respuesta por parte de éste, se concluye que el para sí, además de existir comprometido consigo mismo y comprometido con el ser- en-sí, puede además ser consciente de ese compromiso; es decir que como no sólo puede ser consciente del ser, sino que también puede ser consciente de él mismo, puede, por consiguiente, ser consciente de dicha relación: él es consciente de la manera en que consiste su *totalidad*.

La conciencia existe entonces a distancia de sí, es decir que no coincidiendo consigo misma en una adecuación plena encierra una *carencia* de ser que consiste en no poseer nunca la plenitud del en-sí. Esa distancia de ella para con ella misma le permite estar siempre en cuestión sobre sí misma, volverse sobre su propio origen, plantearse su propio por qué, ser puramente interrogativa, siendo esa vuelta sobre sí lo que la hace *expulsar* todo contenido: *La conciencia no tiene contenido*. No existen entonces ‘datos’ neutros que según el sistema de referencia escogido podrían constituirse en ‘lo psíquico’: «Una mesa no está *en* la conciencia, ni aun a título de representación. Una mesa está *en* el espacio, junto a la ventana, etc.» (Sartre, 1993).

- *Cogito prerreflexivo o conciencias prerreflexivas*. Se refiere a conciencias que han transcurrido sin haber sido objeto de nuestra reflexión, es decir, sobre las que no se ha tenido una conciencia posicional.

Estas conciencias quedan para siempre como irreflexivas en nuestro pasado inmediato, pero son la condición misma de la reflexión.

«La condición *necesaria* y *suficiente* para que una conciencia cognoscente sea conocimiento de su objeto, es que sea *conciencia de sí misma* como siendo ese conocimiento» (Sartre, 1993): *Necesaria* por que si mi conciencia no fuese conciencia de un lápiz, por ej., únicamente sería conciencia del lápiz, pero sin ser consciente de serlo, sería una conciencia ignorante de sí misma, o una conciencia inconsciente, lo que es absurdo, dice Sartre: «¿*Qué sería una comprensión que en sí misma no fuese conciencia de ser comprensión?*» (Sartre). Y *suficiente* porque basta con que se tenga conciencia de tener conciencia de ese lápiz para tener efectivamente conciencia de él. Esto es, que una conciencia *reflexiva* pone como a su objeto de conocimiento a una conciencia *refleja* o *inmediata*, acto desde el que podemos emitir juicios sobre mi conciencia refleja, avergonzarnos de ella, aceptarla, etc.

Sin embargo, Sartre (1993) expresa además: «*Sin duda la conciencia puede conocer y conocerse. Pero en sí misma, es otra cosa que un conocimiento vuelto sobre sí*». A este respecto dice: «*Toda Existencia Consciente existe, como conciencia de existir*». En ese sentido, la conciencia se vuelve *Conciencia no posicional (de) Sí*, es decir, ella se determina como conciencia de percepción y como percepción; se identifica con la conciencia de la que es conciencia, considerando que éste, es el único modo de existencia posible para una conciencia de algo (Sartre); esto es, que una intención, un placer, un dolor, por ejemplo, no podrían existir sino como conciencia inmediata (de) sí mismos: «*el ser de la intención no podría ser sino conciencia, porque si no, la intención sería cosa en la conciencia*».

En este sentido, no cabe la idea de que alguna causa exterior como un impulso 'inconsciente' o una perturbación orgánica sean quienes puedan determinar la producción de un acontecimiento psíquico, dice, como un placer, por ejemplo, para que luego este acontecimiento, así determinado, en su estructura material, tuviera que producirse luego por otra parte como conciencia (de) sí. Por el contrario, Sartre afirma que el placer no puede distinguirse ni aún lógicamente de la conciencia

del placer, sino que la conciencia (de) placer es constitutiva del placer como el modo mismo de su existencia, como la materia de que está hecho, y no como una forma que se impondría con posteridad a una materia hedonista. El placer no puede existir ‘antes’ de la conciencia, ni siquiera en la forma de potencia: «*un placer en potencia no podría existir sino como conciencia (de) ser en potencia*». No hay potencias de conciencia, sino conciencias de potencia.

Así, debe evitarse entonces definir el placer por la conciencia que se tiene de él, como tampoco debe desvanecerse, tras la conciencia que tiene de sí mismo; el placer no es una representación, sino un acontecimiento concreto, pleno y absoluto; no es una cualidad de la conciencia (de) sí, en mayor medida que la conciencia (de) sí es una cualidad del placer.

Afirma además que tampoco hay ‘antes’ una conciencia que recibiría ‘después’ la afección del placer, de la manera en que se colorea el agua, por ejemplo, como tampoco hay un ‘placer’ inconsciente o psicológico que recibiría después la cualidad de consciente. Lo que hay en un *ser* indivisible, indisoluble, que es existencia de parte a parte: «*EL PLACER ES EL SER DE LA CONCIENCIA (DE) SÍ Y LA CONCIENCIA (DE) SÍ ES LA LEY DE SER DEL PLACER*». Esto significa que la *conciencia* no se produce como ejemplar singular de una posibilidad abstracta, sino que «*[...] surgiendo en el seno del ser, crea y sostiene su esencia, es decir; la organización sintética de sus posibilidades*» (Sartre, 1993); «*La conciencia es anterior a nada y se saca del ser*» (Sartre).

- *Facticidad del para-sí*. Sartre afirma que si la totalidad reflejo-reflejante pudiera ser dada, es decir que una conciencia de ser fuese conciencia de ser, y que el ser fuese ser, por ejemplo, esta totalidad sería *en-sí*; pero esta totalidad es inalcanzable, puesto que nunca podremos decir ni que la conciencia de ser es conciencia de ser, ni que la de ser es ser. Si captamos el fenómeno como *pluralidad*, esta pluralidad se indica a sí misma como *unidad* totalitaria; y por el contrario, si se considera esta totalidad en sí misma, se *nihiliza* ante mi mirada, ella *no es*; ella es para no ser.

Por ejemplo: A pesar de que una conciencia de creencia altera irreparablemente la creencia (pues cuando la creencia es captada como creencia ya no es más creencia, sino creencia cambiada, afectada), la conciencia, sin embargo, es indistinguible de ella, y desde aquí nos vemos obligados, dice Sartre, a confesar que la conciencia (de) creencia es creencia, y es cuando se capta en su origen ese doble juego de remisión: «*La conciencia (de) creencia es creencia y la creencia es conciencia de creencia*». En ningún momento podríamos decir que la conciencia es conciencia y que la creencia es creencia; cada uno de estos términos remite al otro, y sin embargo ambos son diferentes. Conciencia de creencia y creencia son entonces uno y un mismo ser, cuya característica es la inmanencia absoluta. El punto crucial está es que «*cuando se quiere captar ese ser, éste se desliza por entre los dedos*» –dice Sartre– y nos encontramos ante un esbozo de dualidad; cuando procuramos alcanzar el fenómeno total, es decir, la unidad de dualidad o conciencia de creencia, este fenómeno nos remite en seguida a uno de los términos, y este término nos remite, a su vez, a la organización unitaria de la inmanencia (Sartre, 1993).

CONCLUSIÓN

Como seres humanos, estamos constituidos en nuestro *ser* por unas características esenciales que han sido denominadas por Rollo May *ontológicas*, entre ellas: la *intencionalidad*, el *eros*, lo *demoniaco*, el *deseo*, la *ansiedad*, la *culpabilidad*, la *voluntad*, el *cuidado*, la *percatación* y la *autoconciencia*. Son fenómenos psíquicos que vivenciamos a cada segundo en nuestro fuero interno, pero sin una muy clara noción por parte nuestra de que ellos están ocurriendo.

- *Conciencias prerreflexivas*. Los anteriores fenómenos, muy bien comprendidos y descritos por Rollo May, hemos de considerarlos *conciencias prerreflexivas*, en términos de Jean Paul Sartre: Es decir, no son ni verdaderos ni falsos, sino que, de la misma forma en que una mesa no es ni verdadera ni falsa *en-sí*, ellos son simplemente fenómenos psíquicos *reales*, que existen a título de hechos de la *conciencia* concreta. No pertenecen a una ‘naturaleza’ humana, que ha de hacer actuar al individuo a la manera de ‘dejarse llevar por

algo', o lo empuja a actuar de tal o cual forma, sin que en él haya *conciencia* de su actuar. En palabras de Sartre, no se concibe la idea de que alguna causa exterior, ya sea un impulso inconsciente, un determinismo o perturbación orgánica o psicológica, un dios o los otros, sean quienes puedan determinar la producción de esos fenómenos psíquicos. Esto es, que una intención, un placer, un dolor, no existen sino como *conciencia inmediata (de) sí mismos*. El ser de la intención no es sino conciencia, porque si no, la intención sería cosa en la conciencia. El placer tampoco puede existir antes de la conciencia, ni siquiera en la forma de potencia, como dice Sartre: «*el placer no puede distinguirse ni aún lógicamente de la conciencia, pues la conciencia (de) placer es constitutiva del placer como el modo mismo de su existencia*». Un placer en potencia no podría existir sino como conciencia (de) ser en potencia, pues no hay potencia de conciencia, sino conciencias de potencias.

Esos fenómenos, en tanto que *conciencias prerreflexivas*⁴, conciencias no téticas o *cogito prerreflexivo*, es decir, no haciendo presencia aún como *conocimiento* para ser objeto de la conciencia *reflexiva* (conciencia en la que se sabe que es a mí a quien le acontecen esos fenómenos), como *conciencias prerreflexivas* que han transcurrido en nuestro pasado inmediato, construidas desde nuestro ser-en-el-mundo, aunque hayan transcurrido en nosotros sin haber sido objeto de *reflexión*, y queden para siempre como conciencias prerreflexivas en nuestro pasado inmediato, son ellas la condición misma de la actividad *reflexiva*.

Esto es, que la *conciencia prerreflexiva* –esos fenómenos– es precisamente la que hace posible la *reflexión* sobre ellos ('surgiendo en el seno del ser ella –la *conciencia*– crea y sostiene su esencia, es decir, la disposición sintética de sus posibilidades'), siendo estas *conciencias prerreflexivas* el elemento del proceso a partir del cual se logra reconocer que dichos fenómenos ocurren en nosotros, es decir, tener conciencia de ellos, volverlos el *objeto de conocimiento* de la *reflexión*, es decir, de la *conciencia reflexiva*.

⁴ Remitirse al apartado *Cogito Prerreflexivo* de esta investigación para mayor aclaración.

Decimos entonces que en el individuo hay siempre *conciencia* de los acontecimientos psíquicos que le acontecen, aunque en principio éstos hagan presencia sólo a nivel de *conciencias prerreflexivas*; ello significa que dichos fenómenos siempre han sido *conscientes*, es decir, no inconscientes.

Estos fenómenos psíquicos, como ya se dijo, tienen un ser susceptible de percibirse: su *percipi*, y la remisión hacia ese ser del *percipi* o ser de los objetos para tener *conocimiento* de ellos –el ser de los fenómenos psíquicos en este caso– hace parte de la ley de ser de la conciencia, pues ella funciona sobre todo remitiendo a la cosa, su sentido lo toma a partir de dirigirse hacia lo que no es ella; esto es la *intencionalidad*, que se encuentra enraizada en ella y que como bien lo anunció Brentano, le da significación, en la medida en que la conciencia está definida por el mismo hecho de dirigirse hacia algo exterior a sí, pues por esencia tiende hacia el objeto, toma una posición que no podría tener sentido sin esa referencia objetiva con respecto a lo que no es ella misma.

En el momento de la *reflexión*, esas *conciencias prerreflexivas* emergen pero como *conocimiento*, siendo este *conocimiento* el objeto de la conciencia *reflexiva*. Esto es, que en principio la conciencia fue consciente prerreflexivamente de su objeto (como conciencias no téticas de los fenómenos psíquicos), pero al percibirseles su ser del fenómeno, ellas, de *cogito prerreflexivo*, emergen como *conocimiento*, constituyéndose este conocimiento como el objeto de la reflexión; así, su aparición como *conocimiento* las convierte en la condición misma de la *reflexión*. Lo que sugiere esta consideración es la oposición a la idea de un determinismo *inconsciente*, una naturaleza humana previa o fija –puesto que todo se da en el hombre a nivel *consciente*, aunque en distintos niveles–, generadores de conductas de las cuales el individuo no es *consciente*.

La conciencia puede entonces percibir los fenómenos en cuestión (remitirse al *percipi* de dichos fenómenos, el ser de las *conciencias prerreflexivas*) y volverlos un *conocimiento*.

- *Conciencia (de) sí.* Este conocimiento por sí solo no se integra a la totalidad del ser del cognoscente, es decir, a su *percipiens* o la conciencia. Dejar estos fenómenos sólo en ese nivel del conocimiento que de ellos se tiene es darle primacía a ese conocimiento, ponerlo como algo dado, lo que implica introducir en la conciencia la dualidad sujeto-objeto (sujeto cognoscente-lo conocido), totalidad de percepción-percibido, que no corresponde a la ley de ser de la conciencia (*ser lo que no es y no ser lo que es* o *facticidad*), pues como dice Sartre, esa dualidad, al no estar sostenida por un sólido ser, se derrumba en la nada. Esto es, que si bien el individuo sabe que en él acontecen esos fenómenos, ese solo conocimiento no le permite vivenciarse desde la totalidad integrada de su ser, sino más bien experienciarse como un idea intelectual y abstracta, bloqueándosele la posibilidad de experimentar cambios trascendentales psíquicos o reajustes significativos en su interior.

La conciencia nos permite saber que *somos* esos fenómenos, y así nos vivenciamos como *objetos* de nuestra experiencia –diría May: al saber que *es* a nosotros a quienes le ocurren esos *fenómenos*, somos nosotros mismos objetos de nuestra conciencia. Pero *el* fenómeno se convierte en peligroso en la medida en que nos vivenciamos continuamente sólo como *objeto* de nuestras experiencias; es lo que Sartre ha denominado *mala fe*.

Lo que ocurre entonces en la *integración* de ese conocimiento, en la totalidad del ser cognoscente, es decir, en la vivencia de éste desde la totalidad del ser, es que en primera instancia nuestra conciencia *reflexiva* pone como *a* su propio objeto *a* la conciencia *refleja* o *inmediata*, en nuestro caso, el conocimiento de los fenómenos en cuestión; es decir, esos fenómenos que *somos* se convierten, en tanto que conocimiento, en el objeto propio de nuestra conciencia *reflexiva*. Este es un paso importante, puesto que si no tuviésemos conocimiento de que *somos* también esos fenómenos, existiéramos a merced de los mismos, y primaría en nosotros siempre esa conciencia *refleja* o *inmediata* que nos desborda en acciones ciegas, como expresa Georges Bataille (citado por Savater, 1999) en su *Teoría de la Religión*, «como el agua en el agua», circunstancia en la que la conciencia, al no ser posicional de sí

misma, es decir, al no volverse sobre sí, para poder luego quedar como conciencia no posicional (de) sí, permanece vuelta espontáneamente sobre sus objetos (fenómenos psíquicos), siendo consciente de ellos sólo a nivel de *conocimiento*, agotándose en dicha posición, fenómeno en el que no hace presencia la conciencia *reflexiva* (saber que es a mí a quien le están ocurriendo esos fenómenos).

- *Nuevo nivel de intearación: Estado intuitivo de ser consciente.* Teniendo muy en cuenta la afirmación de Sartre (1993): «Sin duda, la conciencia puede conocer y conocerse. Pero en sí misma, es otra cosa que un conocimiento vuelto sobre sí», el proceso implica un *fenómeno* adicional: en la medida *en* que el conocimiento de dichos fenómenos no queda sólo en ese nivel del *conocimiento* que de ellos se tiene, sino que además ‘soy consciente de que soy el ser a quien le ocurren dichos fenómenos’ (proceso de reflexión o autoconciencia), ocurre además que al volverse esta *reflexión* o *autoconciencia* (ser consciente de ser el ser a quien le ocurren dichos fenómenos) sobre el *percipiens*, es decir, sobre mi *conciencia*, por la cualidad de ésta de volverse sobre su propio origen, plantearse su propio por qué, estar puramente en cuestión, ser puramente interrogativa, al retornar esa reflexión nuevamente al ser del sujeto (*percipiens*), para *sostenerse en un sólido ser*, y no derrumbarse en la nada, todo ello ocurrido en la unidad de un mismo *acto*, sucede que tanto las *conciencias prereflexivas* como el *conocimiento* y la *reflexión* son vivenciados ya no prerreflexivamente, ni reflexivamente como ideas intelectuales o abstractas, sino que haciendo parte más del *acto* mismo, integrado en la totalidad del ser del sujeto, en el *percipiens*, esa vuelta sobre el *percipiens* o ser del sujeto permite que esos fenómenos se experimenten ya no sólo a nivel de conciencias prereflexivas, conocimiento y reflexión, sino en un *nuevo nivel de trascendencia*, en el plano de la *Intuición Consciente*.

Pero, ¿cómo a partir de esa vuelta sobre sí de la *reflexión*, hacia el *percipiens* o conciencia, es decir, desde la vuelta sobre sí de la conciencia que se tiene de que se es el ser a quien le ocurren esos fenómenos, hacia el ser del sujeto, todo ello en la unidad de un mismo *acto*, es posible la *integración* de los mismos, permitiéndosele al ser humano vivenciarse en un nivel más auténtico, el *Intuitivo Consciente*?

La conciencia ante todo remite a la cosa. Su forma de ser es una permanente huida de sí, ella no tiene sino la obligación de ser intuición revelante de algo, no tiene otro ser que su ser otro, disfruta de un ser prestado.

Siendo la manera de ser de la conciencia el remitirse hacia todo *lo que no es ella*, existir a partir de un objeto que no está dentro de ella sino en *relación* con ella, esta intencionalidad enraizada en ella que la hace existir siempre en correspondencia con lo otro, nos indica que todo *conocimiento* que pueda ser percibido no será nunca *cosa* en la conciencia; ello no está *en* la conciencia, ni siquiera a título de representación, como dijo Sartre, pues la conciencia *no* tiene contenido. Sartre nos recuerda que se debe determinar la verdadera relación entre la conciencia y el mundo, lo que significa que debemos comprender nuestra conciencia como *conciencia posicional del mundo*, pero también como *conciencia no posicional (de) sí misma*, es decir, renunciando a la idea de que existen ‘datos’ neutros que según el sistema de referencia escogido puedan constituirse en lo ‘psíquico’.

El proceso de la conciencia es el de: «*Creer es saber que se cree y saber que se cree es no creer ya*» (Sartre, 1993): Saber que se cree, es poner como objeto de conocimiento a una creencia; y no creer ya consiste en que la conciencia, al volverse sobre ella misma, se remite a su inherente estado de no poseer contenidos, por ello no cree ya.

Al carecer la conciencia de cualquier contenido de *conocimiento* sobre las cosas (estar falta de seres-en-sí), esta conciencia, para *Ser*, parte de un objeto que *no* está dentro de ella, sino en relación con ella.

Ese objeto hacia el cual la conciencia se remite es el *percipi*, el ser-en-sí (ser de los objetos o ser de los fenómenos psíquicos), y al remitirse a él lo convierte en *conocimiento*. Su deseo es fundirse con ese ser-en-sí en la adecuación perfecta del *sí*. Este *sí* individual afecta a la conciencia o para-sí, pues es el ideal que ésta quiere ser, su pleno cumplimiento individual, el valor supremo hacia el cual la conciencia se trasciende a cada instante por su ser mismo, ese ser absoluto del *sí*, con sus caracteres de identidad.

En la medida en que esa fusión no se da jamás, es decir, en tanto que a la conciencia o para-sí le falta cierta coincidencia consigo misma, como núcleo instantáneo de ser del hombre, hace que la realidad humana se constituya como una *carencia*. Sartre dice que cada para-sí (vivencia, *erlebnis*) particular está falto de cierta realidad particular y concreta, cuya asimilación sintética lo transformaría en *sí*. Concretamente, cada para-sí es falta de cierta coincidencia consigo mismo, lo que significa que está infestado por la presencia de aquello con lo cual debería coincidir para ser *sí*. Así, el para-sí faltante es un para-sí que *somos* (somos esa *carencia*). Pero si lo fuéramos en el modo de la identidad, el conjunto se haría en-sí, dice Sartre. *Lo que somos entonces es el para-sí faltante en el modo de tener-que-ser el para-sí que no soy, para identificarme con él en la unidad.*

Pero la coincidencia del *sí* es imposible (el posible es aquello de que está falto el para-sí para *para ser sí*), lo que significa que este *sí* no puede existir sino como relación perpetuamente evanescente; el *sí* está presente en la conciencia concreta, y todos los caracteres concretos de la conciencia tienen sus correlatos en la totalidad del *sí*, pero a la manera de *lo que no puedo ser*, precisamente por la ley de ser de la conciencia. A partir de lo anterior se concluye que el *sí*, la totalidad disgregada, o lo *fallido*, vendría a ser la razón del movimiento infinito por el cual el reflejo remite al reflejante y éste al reflejo, en términos de Sartre, movimiento de *facticidad* propio de la conciencia; por definición, es un *ideal*.

Esta fusión es imposible por la ley de ser de la conciencia, que consiste en volver sobre sí misma, lo que hace a la conciencia estar permanentemente expulsando fuera de sí esos seres-en-sí (*conocimientos*), pero siendo ellos precisamente los seres por los que se hace *Ser*, pues su ley de ser consiste precisamente en remitir a ellos, remitir a la cosa; el para-sí (la *conciencia*) es sólo la pura nihilización del en-sí (conocimientos), es decir, se hace anunciar este para-sí por el en-sí lo que él *no es para fundarse*.

Así, la conciencia no puede lograr nunca la fusión con esos en-sí, pues su ley de ser, de volver sobre sí misma, le imposibilita la adecuación

plena con el en-sí, para ser *sí*. Ella tiene la capacidad de captar a esos seres-en-sí, pero la obligación de negarse a ser ellos, y desde ese deber, de no quedarse con nada de ellos, impide que se constituyan como supuestos ‘contenidos de conciencia’.

En otras palabras, la conciencia tiene la capacidad de captar el ser-en-sí (ser de los fenómenos psíquicos, de las cosas del mundo, etc.), y poseer así *conocimiento* de ellos. Pero al estar *obligada a volver sobre sí misma*, y no esperar nada de ese ser-en-sí, al no quedarse con nada de él (puesto que ella se funda a sí misma precisamente a partir y en contra de ese en-sí), esa ley de ser de *volver sobre sí*, que le hace surgir abandonada, desamparada, desposeída frente a su propia muerte, enfrentada a su propia libertad, a sus propias decisiones y elecciones, pues su ser no lo recibe de nadie, ni de una naturaleza humana, ni de un dios, ni de los otros, es en ese momento en el que vivencia su estado *intuitivo de ser consciente*, en el que precisamente el ser humano se constituye en *presencia y sujeto* de sus propias experiencias.

El estado *intuitivo consciente* es al que Sartre hace referencia con su máxima: «*Toda Existencia Consciente existe como conciencia de existir*»; esto es, cuando la conciencia se vuelve *Conciencia no Posicional (de) Sí*, es decir, determinándose como conciencia de percepción y como percepción; se identifica con la conciencia de la que es conciencia; para él, éste es el único modo de existencia posible para una conciencia de algo (Sartre, 1993). Un placer, un dolor, por ejemplo, no podrían existir sino como conciencia inmediata (de) sí mismos: «*El ser de la intención no podría ser sino conciencia, porque si no, la intención sería cosa en la conciencia*».

Esta cualidad de volver sobre sí misma le permite a la conciencia mantenerse en una superación o renacer constante, una renovación de cualquier *conocimiento* (ser-en-sí) con el que ella se pueda relacionar, ya que su ley consiste en romper inmediatamente con su pasado, lo que le significa al ser humano modificaciones internas permanentes, cambios trascendentales psíquicos o reajustes significativos constantes en su interior, los que se dan a partir de su *actuar* en el mundo: «[...] la *acción* supone [...] la elucidación de la eficacia trascendente de la

conciencia y nos pone en camino hacia su verdadera relación con el ser» (Sartre, 1993). Para May, la *conciencia* es un *acto* único, puesto que nunca podremos saber exactamente cómo se ve el otro a sí mismo, ni el otro saber con seguridad cómo me relaciono yo conmigo mismo; para él, éste es el santuario interior donde cada hombre permanece solo, lo cual significa la tragedia y el aislamiento inexorable de la vida humana, pero también lo que nos demuestra que debemos encontrar nuestra fortaleza precisamente en *nosotros mismo* (May, 1996).

El problema hasta hoy ha sido que hemos construido toda nuestra realidad a partir de 'creencias' o supuestos 'contenidos de conciencia' que tomamos como principios que rigen nuestras actitudes para desenvolvemos en la realidad. La historia nos ha mostrado, como bien quedó resaltado en los antecedentes, la relación *impersonal* que ha tenido –en muchos momentos de la historia– el ser humano consigo mismo, situaciones que reflejan la importancia que el hombre ha dado siempre a la creencia en algún tipo de «verdades» o principios abstractos para regir su vida; éstas pueden homologarse a lo que hoy en día denominamos *paradigma*.

Los paradigmas y las situaciones que generan han sido analizados, y se ha descubierto que éstos se mantienen firmes sólo mientras ofrecen algún tipo de respuestas a las inquietudes y necesidades de la época en la cual predominan. Pero en el momento en que en tales periodos aparecen las anomalías que éstos no pueden 'solucionar', *irregularidades* que no pueden resolver, hace acto de presencia lo que Thomas Kuhn ha llamado *Crisis*, que exige estar siendo siempre *superada*. «Los seres humanos son perceptores, pero el mundo que perciben es una ilusión: una ilusión creada por la descripción que les contaron desde el momento mismo en que nacieron. Así pues, el mundo que su razón quiere sostener es, en esencia, un mundo creado por una descripción que tiene reglas dogmáticas e inviolables, reglas que su razón aprende a aceptar ya defender» (Castaneda, 1999). Por ello, para el logro de una genuina *conciencia* de sí mismos y del mundo es necesario ir quitando capas de irrealidad e ilusión.

Sucede entonces que cuando al individuo llegan nuevos conocimientos, esos supuestos ‘contenidos de conciencia’ que son concebidos por él de manera *cosista*, como cosas en la conciencia, *juzgan* de inmediato el reciente conocimiento adquirido, y el hombre asume una actitud de rechazo a esos nuevos conocimientos, acción que le impide desarrollarse y evolucionar, haciéndole además orientar su vida, aún hoy, bajo cánones que han regido dinámicas de sociedades anteriores, le obliga a vivir en el pasado, permanecer estático en la temporalidad, lo cual, a su vez, le impide experimentar el aquí y el ahora, con todos los riesgos y satisfacciones que ello implica; el miedo al *cambio* impide al individuo ser libre. Es importante dejar claro que en ese intentar actuar lo más *legítimamente* posible está implicado el hecho de la no posesión de unos motivos *completamente* claros, y se asume la responsabilidad de hacerlos más claros en la medida que experimentamos y aprendemos.

El individuo entonces ha permanecido más en contacto con sus pensamientos racionales. Tal como nos lo ha dicho la historia, ha creído en él mismo más como una idea intelectual y abstracta que con la totalidad *integrada* de su ser, lo que le ha significado la pérdida de su legitimidad, de vivenciarse lo más cerca posible a Su ser. «*La mayor falla de los seres humanos es mantenerse adheridos al inventario de la razón*» (Castaneda, 1999).

En este orden de ideas, afirmamos que el ser humano es mucho más que esas simples ideas. Él tiene conocimiento de ellas, sí, pero la *trasciende*, y ese trascender a un nivel más *intuitivo consciente* es el que realmente alude a toda su dimensión humana, puesto que es allí donde se constituye precisamente en sujeto y presencia de sus propias experiencias. Fue lo que Edmund Husserl expresó desde su Fenomenología, sobre la comprensión de los fenómenos psíquicos: «En la medida en que éstos tienen un carácter genuino como actos *conscientes* o *intencionales*, sus esencias son susceptibles de *intuición*, siendo esta ‘*intuición de las esencias*’ el fenómeno que constituye el sentido de la Fenomenología» (Husserl, citado por Ayer, 1983).

La *intuición consciente* nos invita a relacionarnos más legítimamente con nosotros mismos, a experimentarnos más auténticamente en nuestro *ser*, y no desde la pura racionalización. Castaneda (1999) en este sentido ha expresado: «Una vez se logra el silencio interno, todo es posible. El modo de terminar con nuestro diálogo interno es utilizar exactamente el mismo método mediante el cual nos enseñaron a hablar con nosotros mismos: fuimos enseñados compulsiva y sostenidamente, y así es como debemos detenerlo: compulsiva y sostenidamente». «El conocimiento silencioso no es sino el contacto directo con el intento» (Castaneda).

Queda claro entonces que en un principio es necesario percibir nuestros pensamientos, sentimientos y acciones, a la manera del *conocimiento que tenemos de ellos*. En el nivel del conocimiento siempre existirá la dualidad sujeto-objeto, y siempre operaran fuerzas en conflicto. Pero una vez se tiene conocimiento de ellos, sin reprimirlos (*Conciencia Inmediata*), y se sabe además que somos nosotros los poseedores de esos conocimientos (*Conciencia Reflexiva*), al volverse esa reflexión hacia el *percipiens*, al ser del sujeto, o la conciencia, somos arrojados al nivel *intuitivamente consciente*, la dimensión real del significado de los mismos.

En el nivel *intuitivo consciente*, observador y observado dejan de tener existencias separadas y opuestas, desaparece la dualidad sujeto-objeto (sujeto cognoscente -lo conocido), pues esa totalidad de percepción-percibido, como sabemos, no corresponde a la ley de ser de la conciencia, de volver sobre sí, y ser en la forma de su *facticidad*, que consiste en *ser lo que no es y no ser lo que es*.

Esto es, que al percibir objetos, personas, fenómenos, establecemos primero un proceso inmediato de valoración y deducción a partir de premisas y prejuicios que ya antes hemos aceptado, al nivel del *conocimiento*, pues dichas premisas se adecuan a experiencias previas que hemos tenido y a conclusiones anteriores. Todo lo vinculamos a un fenómeno particular, y más aun, suponemos que en ocasiones existirán unos *determinados* resultados. Estos prejuicios se constituyen en *conocimientos* particulares, que pueden ser acertados o erróneos, y aunque los sostengan grupos de personas, siempre seguirán estando en relación

con las experiencias personales, la historia, las formas individuales de ser, etc.

En el nuevo nivel *intuitivo de ser conscientes* se nos permite que el presente se despliegue, vivenciándose el fenómeno-tal-como-es (*Fenómeno*, entendido por la Fenomenología como lo que aparece a la conciencia, lo que se da inmediatamente a ella, es lo que se muestra a sí mismo tal como es, un elemento irreductible y originario que no tiene por qué ser necesariamente algo sensible), es la experiencia directa, en *actos*. No es pensar ‘sobre’ una cosa, ni nombrarla, porque este nivel está más allá del pensamiento conceptual: Esto es, que si pienso, por ejemplo, que ‘estoy sentada en esta silla’, ese conocimiento ya me ubica fuera de la experiencia; si digo ‘este paisaje me parece hermoso’, ya estoy separado de él. Se trata es de dejar de esforzarse para *ser*, así, libres de tensiones, dejando que nuestro ser se suceda auténticamente.

El estado *intuitivo de ser consciente* posee la cualidad de la espontaneidad y de la simultaneidad. Es *nuestra* respuesta genuina al mundo que nos rodea, a la vida, a los procesos. Responde silenciosamente a todas las condiciones, y sin embargo no está unida a ninguna de ellas. En él se disuelven todos los extremos.

El *conocimiento* divide al conocedor y lo conocido, la percepción de lo percibido, el plano *intuitivo consciente* no contempla esa separación. Acepta todas las potencialidades en el ser del hombre; por ello, sí incluye el nivel del conocimiento, pero habiéndolo antes superado: «*Deberíamos madurar lentamente. Un día descubriremos que lo interior y lo exterior es uno, y despertamos*», dijo Wu Men (quien vivió en Hangchow y murió en el año 1260) en su libro *Wu Men Kuan*.

Se vivencia entonces, en primera instancia, las *conciencias prerreflexivas*, siendo igualmente necesario vivenciar el nivel del *conocimiento* surgido a partir de esas *conciencias prerreflexivas* (constituyéndose éstas así como la condición misma de la *reflexión*); es indispensable experimentar este nivel del *conocimiento*, el nivel de las verdades relativas y fenoménicas, pero para llegar mas allá de él, al nivel *intuitivo consciente*, y superar así las dualidades.

May afirma que cuanto más *integrada* es una persona, menos compulsivas son sus emociones. «*Cada experiencia directa e inmediata de sentimientos y deseos es espontánea y única [...] El sentir y el desear son únicamente partes de una situación particular en ese tiempo y lugar también particulares [...] el sentimiento que tenemos en ese momento nuevo, ya no volverá a repetirse de la misma manera. Sólo la conducta neurótica es rígidamente repetitiva*» (May, 1996).

Se nos hace necesario resaltar que en la noción de *conciencia* que hemos querido profundizar aquí, nuestro interés no ha estado orientado sólo hacia el análisis de los ‘fenómenos psíquicos’. Hemos querido, por el contrario, profundizar en esa *consciencia intuitiva* que precisamente trata de trascenderlos. El plano *intuitivo de ser consciente* trata de una *conciencia integrada y total*, no de una disección analítica; la entendemos como una constitución, no como una descomposición. Apunta más a una conciencia *directa* que trasciende el sólo *conocimiento* que tenemos de dichos fenómenos, y le permite al ser humano experimentar una existencia más genuina y lograr un encuentro más legítimo consigo mismo.

La ley de ser de la conciencia, de existir, sin ‘contenidos’ a partir de su *vuelta sobre sí misma*, es la dialéctica que le permite al individuo comprender que estará siempre abierto al cambio, que en este preciso momento no será nunca el mismo que fue hace un segundo, un día o un año, que es un proyecto constante de construirse a sí mismo.

Al consistir la ley de ser de la conciencia en volver la conciencia sobre sí misma, encontrándose así abandonada, desamparada, desposeída frente a su propia muerte, enfrentada a su propia libertad, a sus propias decisiones y elecciones, siendo así *intuitivamente consciente*, al no estar determinada por ninguna causalidad, ninguna naturaleza humana, ningún dios, ni cualquier otra predeterminación, pues su ser consiste en existir *por sí misma*, por lo que le toca *hacerse* y con ello *superarse*, se le hace así inherente la cualidad de tener que inventarse su propia justificación, autoconstruirse y, por lo tanto, justificar su propia existencia.

En este sentido, decimos que el ser humano empieza por existir, y en la medida en que va surgiendo, relacionándose y creando un mundo, se va *definiendo*. A partir de la vuelta *sobre sí misma* de la conciencia, que implica la inexistencia de una ‘naturaleza’ humana previa o fija, o de cualquier determinismo, esa, su ley de ser, la obliga a tener que justificar su propia existencia.

Esta noción trae consigo varias implicaciones: siendo la conciencia no la totalidad del ser humano, pero sí el núcleo instantáneo de ese ser, el ser humano no *será* entonces sino en el modo de justificarse a sí mismo, de justificar su propia existencia, quedando en él la total y absoluta responsabilidad de sí mismo. El hombre será sólo tal y como él mismo se haya hecho. No será otra cosa sino lo que él se hace; sobre él recae la responsabilidad de lo que habrá de ser.

- *Proyecto y construcción de ser*. Así, el hombre empieza primero por existir, por ser *algo*, y su dialéctica de conciencia de volver sobre sí misma –que le obliga a no quedarse con ningún conocimiento, es decir, expulsar todo lo que haya sido entendido como «contenido de conciencia»– le exige a este hombre ser un continuo proyecto de construirse a sí mismo y de fundarse; él será ante todo lo que habrá proyectado ser.

Persiguiendo fines trascendentales es como el hombre puede existir, siendo él ese rebasamiento mismo; él existe captando el mundo sólo en relación a ese rebasamiento.

El hombre tiene entonces que *crearse* a sí mismo, y en esa *creación continuada* se proyecta y se *libera* del determinismo de su pasado. «*Los humanos no sólo respondemos al mundo que habitamos sino que también lo vamos inventando y transformando de una manera no prevista por ninguna pauta genética [...] Nuestra especie no está ‘cerrada’ por el determinismo biológico sino que permanece ‘abierta’ y creándose sin cesar a sí misma, anunció Pico de la Mirandola*» (citado por Savater, 1999), y se crea –dice este último– en el sentido no de sacar algo de la nada, sino en el sentido de *actuar* en el mundo y a partir de las cosas del mundo, pero cambiando en cierta medida el mundo.

Carece así el hombre de cualquier excusa o pretexto que le impida ser lo que se haya proyectado ser. No le es posible aludir a una herencia, a la acción del medio o de la sociedad, a un determinismo orgánico o psicológico, a un dios, o a los otros, o a algún otro argumento que tenga que ver con un determinismo humano, para que le haga autodefinirse como un ser flojo, por ejemplo, débil o cobarde, y que lo haga sentir seguro, afirmando: «Soy así y nadie puede hacer nada». No existe tal determinismo humano en la que el individuo intente fundarse.

Nuestro análisis de *conciencia* aboga más bien por considerar que ese ser humano que manifiesta sentir una profunda pérdida de su sentido de significación, en términos de May, ese hombre que se siente cobarde, es *total* y *absolutamente* responsable de su cobardía. Él no es cobarde debido a una desorganización psicológica, por ejemplo: Él se ha *construido* como hombre cobarde por sus actos. El cobarde está definido a partir del *acto* que realiza. Lo que hace la cobardía es el *acto* de renunciar a ceder. Si eres cobarde, eres entonces *tú* el único responsable de serlo. El cobarde se hace cobarde y el héroe se hace héroe. En el cobarde está siempre la posibilidad de no ser más cobarde y en el héroe la posibilidad de dejar de ser héroe. Así, la realidad del hombre será tal y como él mismo haya decidido que sea. Arthur Schopenhauer dijo: «Somos lo que queremos», y para él eran compatibles la más radical de las libertades («soy lo que quiero ser») con el más estricto determinismo («no tengo mas remedio que ser lo que soy») (citado por Savater, 1999).

Lo que puede dar tranquilidad a las personas es la idea de que se pudiese nacer de alguna manera cobarde o héroe, que se pudiese constituir uno como un 'bloque de identidad'; de esa manera uno se diría a sí mismo: «No hay nada que hacer; se será cobarde toda la vida hágase lo que se haga»; o si se naciera héroe se estaría tranquilo, pues se sería héroe toda la vida.

Lo que implica nuestra noción de *conciencia* es que definitivamente le deja *una posibilidad de elección* al hombre. Al no ser cosa entre las cosas, la conciencia es totalmente *libre*, *puesto* que se encuentra sometida a las leyes que rigen las cosas.

- *Elección, Libertad y Responsabilidad.* Mencionábamos que el ser del sujeto o la *conciencia* no está determinada por leyes de causalidad, sino que está motivada en sus *propias acciones*. En este sentido, libertad y *conciencia* se identifican. No se puede dar *conciencia* sin libertad, ni libertad sin *conciencia*. El reino del en-sí está dominado por la legalidad determinante. Pero el para-sí o la *conciencia*, por el contrario, no puede acudir a ningún motivo como determinante de su *propia* acción, ni siquiera puede alegrar «sentirse» determinada por su experiencia anterior, pues su ley consiste en *romper inmediatamente con su pasado*. La conciencia no puede acogerse a nada que pueda evitar su responsabilidad hacia el futuro. En este sentido es totalmente *libre* y totalmente *responsable* de sí.

«Un guerrero acepta la responsabilidad de sus actos, hasta del más trivial de sus actos. El hombre corriente actúa según sus pensamientos y nunca asume la responsabilidad por lo que hace» (Castaneda, 1999). «[...] Puede que un guerrero piense y se preocupe antes de tomar una decisión, pero una vez que la ha tomado, prosigue su camino libre de preocupaciones o pensamientos; todavía habrá un millón de decisiones esperándolo. Ése es el camino del guerrero» (Castaneda).

Desde su experiencia como psicoterapeuta Rollo May confirma que las preguntas que más frecuentemente se hacían sus pacientes y algunas otras personas con relación a esa búsqueda de sí mismos, a esa toma de conciencia de sí mismos, tenía que ver básicamente con las formas en que se pudiese alcanzar una *integración* interior, en un mundo desintegrado, de qué manera se podía iniciar ese largo camino de la evolución hacia la realización propia, en un a época en la que como la nuestra nada es seguro ni en el presente, ni en el porvenir.

«Para solucionar de manera constructiva nuestros problemas, considero que nos hace falta una conciencia más amplia y profunda y un sentido de responsabilidad impregnado de imaginación que posibilite una nueva forma de orientarse» dice May (1990); esto es, explorar nuestro mundo del *Eigenwelt*, ese mundo interior, el fondo que nos ayuda a ver el mundo real en su verdadera perspectiva y el fundamento de nuestras relaciones, y que como ciertamente proclama este autor, es el mundo

que menos ha explorado y comprendido la psicología moderna y la profunda. Es decir, es un terreno casi desconocido.

Se nos hace necesario que desarrollemos nuestros propios recursos interiores, descubrir las fuentes de potencialidad y de integridad dentro de nosotros mismos, lograr el hallazgo de un nuevo centro de fortaleza, para hacer frente al desafío esencial al que nos enfrentamos: la posibilidad de ampliar y profundizar nuestra propia *conciencia*, no sin antes asumir los conflictos subyacentes que ello implica, pues como se mostró, estas cualidades sólo se adquieren al precio de la ansiedad y de las crisis interiores.

Finalmente, y retornando a un aspecto muy bien descrito por Savater (1990), todo lo anotado en páginas anteriores tiene como intención última «[...] *hacer la vida humana mejor, es decir, más cooperativa y solidaria, más rica en experiencias, más llena de imaginación, más confortable y exquisita, en una palabra, menos sumisa a la oscuridad devoradora e insensible de la muerte*», y resaltamos también el aspecto de hacerlo, pero en este mismo *presente*. El *presente* es ‘la zona temporal donde pasado y futuro son reales, es decir, donde pueden tener algún tipo de efectos’, anotó San Agustín. Para él existía un presente de las cosas pasadas –memoria–, un presente de las cosas presentes –percepción o visión– y un presente de las cosas futuras –la espera– (citado por Savater, 1999).

Los antiguos griegos llamaban *Kairos* a ese «momento propicio en el que se puede realizar lo antes imposible, donde aparece por obra del ánimo humano la nueva ‘idea’, que antes faltaba en el mapa del mundo real. «*Lo que cuenta [...] en la temporalidad es la siempre abierta posibilidad del Kairos, el instante futuro que rompe con la rutina y lo previsible para inaugurar una perspectiva inédita de vida consciente en el universo: el momento en que la imaginación se pone en práctica. En el espacio podemos explorar lo desconocido y encontrar lo que aún no sabíamos que estaba allí, pero es el tiempo donde podemos dar luz aquello que imaginamos, en ruptura con lo meramente constatable*» (San Agustín, citado por Savater, 1999); lo literalmente ‘nunca visto’.

«Hay montones de cosas que un guerrero puede hacer en un determinado momento y que no habría podido hacer años antes. Esas cosas no cambiaron; lo que cambió fue su idea de sí mismo» (Castaneda, 1999).

Referencias

- AMAR, J. *et al.* (1995). *La Psicología: Profesión y disciplina científica*. Santa Fe de Bogotá: Editorial Presencia.
- ASTI, A. (1968). *Metodología de la Investigación*. Buenos Aires: Kapelusz.
- AYER, A.J. (1983). *La Filosofía del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- CASTANEDA, C. (1999). *La rueda del tiempo*. Barcelona, Plaza & Janés.
- ECO, H. (1987). *Cómo se hace una tesis*. México: Gedisa.
- FERRO, J. (1967). El dios que Sartre rechaza. *Revista Javeriana*.
- GIRALDO, J. (1979). *Metodología y técnica de la investigación bibliográfica*. Bogotá: Dpto de Preseminarios, Seminarios y Prácticas de la Universidad Externado de Colombia.
- HORNEY, K. (1955). *La neurosis y el desarrollo humano*. Buenos Aires: Psique.
- MAY, R. (1990). *Amor y Voluntad, las fuerzas humanas que dan sentido a nuestra vida*. Barcelona: Gedisa.
- *et al.* (1977). *Existencia*, Madrid: Gredos.
- (1990). *La psicología y el dilema del hombre*. Barcelona: Gedisa.
- (1996). *El hombre en busca de sí mismo*. Buenos Aires: Fausto.
- *et al.* (1963). *Psicología Existencial*. Buenos Aires: Paidós.
- *et al.* (1968). *La angustia normal y patológica*. Buenos Aires: Paidós.
- *et al.* (1976). *Miedo y Sociedad*. Buenos Aires: Escuela.
- ORTIZ-OSÉS, A. (1986). *La nueva filosofía hermenéutica*. Barcelona: Anthropos.
- RAVAGNAN, L.M. (1969). *Psicología Existencial*. Buenos Aires: Nova.
- RUBIO, J. (1992). *Interpretar la comunicación*. Santa Fe de Bogotá: Significantes del papel.
- SALOHANA, T. (1993). *Terapia vivencial*. Buenos Aires: Lumen.
- SAN MARTÍN, J. (1987). *La Fenomenología de Husserl como utopía de la razón*. Barcelona: Anthropos.
- SARTRE, J.P. (1993). *El ser y la nada*. Barcelona: Altaya.
- (1985). *El Existencialismo es un Humanismo*, 2ª ed. Barcelona: Orbis.
- (1972). *Las Palabras*, 10ª ed. Buenos Aires: Losada.
- (1970). *La Náusea*. Buenos Aires: Lozada.
- SAVATER, F. (1999). *Las preguntas de la vida*. Barcelona: Ariel.

THOMAE, H. & FEGER, H. (1971). *Fundamentos de Psicología*, tomo 7.
Madrid, Morata.

WACQUES, M. (1981). *Sartre*. Barcelona, Barcanova.